

EL VIAJE MISTICO DE SWEDENBORG AL CIELO Y AL INFIERNO

Cinta Canterla
Grupo de Estudios del S. XVIII

¿Quién, si yo gritara, me oiría desde los órdenes
angélicos?
(Rilke, *Elegías Duinesas*, Primera Elegía)

En 1612 escribía Böhme al comienzo de *Aurora*: “Por más que la divina esencia no la pueden captar la carne y la sangre sino el espíritu cuando es iluminado e inflamado de Dios, si se quiere hablar de Dios, de qué sea Dios, hay que aplicarse a considerar las fuerzas de la Naturaleza. Para ello hay que contemplar la creación entera, cielo y tierra, así como las estrellas y los elementos y las criaturas que de los mismos procedieron, como también los santos ángeles, el demonio y los hombres y el cielo y el infierno” (1).

Muchos años más tarde, en 1758 publicaba Swedenborg su libro *El cielo y sus maravillas y el infierno*, en un intento, como el de Böhme, de llevar a cabo una metafísica de lo divino desde una contemplación mística del mundo –terrestre y celeste– y sus criaturas. Pero en *Aurora* añadía su autor lo siguiente: “No te burles de mi espíritu, que no brotó de ningún animal salvaje, sino que nació de mi fuerza y fue iluminado por el Espíritu Santo. No escribo sin conocimiento, y si azuzado del diablo te burles de estas cosas... y dices: *Este idiota no ha subido al cielo y no ha visto ni oído, todos son fábulas*, date por citado y llamado...por mí ante el serio tribunal de Dios” (2).

Si ya en 1612 había tenido Böhme serias dudas de que su descripción mística de los ángeles, demonios, cielo e infierno pudieran parecer inverosímiles a sus contemporáneos, mucho más difícil debía tenerlo Swedenborg con los suyos en pleno siglo ilustrado (3). Por eso toda su obra *El cielo y sus maravillas y el infierno* –en la que vuelve a presentar, de modo más claro, accesible y rico, el material expuesto en su anterior *Arcana Coelestia*– está escrita saliendo al paso de la objeción que ya tuvo presente Böhme, esto es, insistiendo en que todo lo allí descrito

(1) J. Böhme: *Aurora*, 1 (1). Trad. de A. Andreu Rodrigo. Madrid, Alfaguara, 1979.

(2) *Aurora*, 5 (14-15). La cursiva es nuestra.

(3) En *Arcana Coelestia* expresaba su escepticismo respecto de la acogida de sus contemporáneos con estas palabras: “Estoy muy convencido de que muchos insistirán en que es imposible al hombre conversar con los espíritus y los ángeles durante su vida y encerrado en la cárcel del cuerpo; muchos dirán que el trato con estos seres es una nueva invención; algunos, que he discurrido esta relación como un recurso para obtener popularidad; otros se opondrán de varias maneras. Por mi parte, no me preocupo de cuanto se pueda decir en contra, ya que no hablo sino de lo que he visto, oído y palpado”. *Arcana...*, 68

ha sido *visto* y *oído* (4) por el propio autor tras haber *subido* al cielo en un viaje memorable.

Según el escrito de 1758, para saber de Dios, el cielo, el infierno y sus criaturas debería bastar con la Revelación. Pero el hombre moderno habría perdido la capacidad de entender el sentido oculto de las escrituras porque tendría su interior místico completamente cerrado al influjo divino. La teoría de Swedenborg es que el hombre religioso de su tiempo no puede saber nada de la otra vida porque no entiende el sentido oculto de las Escrituras. Y por eso no entiende tampoco que lo que se dice bajo las imágenes del Apocalipsis, que son todas simbólicas, es que al fin de la Iglesia, cuando ya no haya ni amor ni fe, el Señor abrirá la Palabra en cuanto a su sentido interno y revelará los arcanos del cielo (5).

De algunos fragmentos de su obra parece desprenderse que la Revelación que él recibe en su viaje al otro mundo, mediante la que el Señor le desvela los arcanos del cielo encerrados en las Escrituras, constituye el esperado Apocalipsis (6), que no tiene nada que ver, según él, con la especie de cataclismo cósmico que el hombre común imagina. Esta Revelación es la que constituye el objeto de su descripción en *El cielo y sus maravillas y el infierno*, en el que se desvela, según su autor, todo lo celeste y espiritual oculto al ser humano, la divina esencia, en suma.

Como ya había escrito Böhme en el primer texto al que hice referencia, Swedenborg también cree que la sangre y la carne, por usar las palabras del primero, no pueden captar esa esencia, sino que sólo lo puede el espíritu bajo el influjo divino. Pero el hombre moderno, incluso el que es religioso o el eclesiástico, tendría su espíritu cerrado a ese influjo, hasta el punto de negar incluso la otra vida en ocasiones. A ellos atribuye la misma objeción de la que se quejaba Böhme: “¿Quién ha vuelto y ha hecho un relato?” (7).

Para salir al paso de ella, la Revelación que Swedenborg recibe resulta a la medida de un siglo sensualista y racional: le es dada la gracia divina de ver la otra vida y de poder contarla. En sus propias palabras: “A fin de que una incomprensión y una negación tales, que residen principalmente en aquellos que extraen toda su sabiduría de este mundo, no infecten ni corrompan a los simples de corazón y de fe, me ha sido concedido estar con los ángeles y conversar con ellos, como un hombre con otro hombre, y también ver las cosas que están en los cielos y en los infiernos, durante trece años. Puedo ahora describirlos según lo que he visto y oído, esperando así que la ignorancia sea aclarada y la incredulidad disipada” (8).

Es conocido el gusto por la literatura exótica y por los relatos de viajes en el

(4) El título mismo de la obra lo explicita: *De coelo et ejus mirabilis et inferno ex auditis et visis*.

(5) *De coelo et ejus mirabilis...* Londres, 1758, I.

(6) *Ibidem*.

(7) *Ibidem*.

(8) *Ibidem*.

s. XVIII. Muchos filósofos se acercaron a este género de literatura buscando ejemplos extraídos de la experiencia de los que sacar partido para justificar sus teorías socio-políticas, antropológicas o morales. Pero no sólo se leían relatos verídicos, sino también narraciones de viajes extraordinarios –viajes imaginarios situados en un contexto geográfico (9)– muchas veces tenidos por el público por reales.

Estos últimos, como ha sido reiteradamente puesto de manifiesto, tomaron los verídicos no sólo como modelo, sino también como fuente, dotándose así de un elemento realista que los hiciese verosímiles. Es cierto que el viaje místico de Swedenborg difícilmente podría calificarse de extraordinario puesto que en él la contextualización geográfica es bastante endeble. Pero tiene mucho en común con este tipo de relatos: también busca la verosimilitud dotándose de un elemento realista, y para ello toma como fuente modélica –que no documental– el patrón literario y filosófico del relato de viajes verídico.

Swedenborg narra su estancia en el cielo y el infierno en términos absolutamente empíricos. Son muy frecuentes los lugares del texto en los que aparecen afirmaciones relativas a la realidad de la experiencia narrada (10): no es una visión, ni un sueño, sino un desplazamiento a la otra vida, como él insiste. Viaje místico en el que el autor percibe y ve por sí mismo y obtiene información directa (11) de los habitantes del lugar, en este caso los ángeles.

Pero además de buscar la verosimilitud en el elemento realista, como los relatos de viajes extraordinarios, la obra de Swedenborg guarda también, en su intención crítica, parentesco con los relatos de viajes verídicos. Y es que, al igual que en muchos de ellos, Swedenborg utiliza el material de su ‘viaje’ para fundamentar sus teorías religiosas, antropológicas, morales y metafísicas. Su intención pedagógica y crítica con el relato es muy evidente. El objetivo es doble: poner a la vez de manifiesto las deficiencias de este mundo y las de la concepción que los eruditos y eclesiásticos, incluso los más ortodoxos, tienen del otro (12). Y esa mezcla de descripciones pretendidamente realistas unida al elemento reflexivo y crítico es lo que da a la obra *El cielo y sus maravillas y el infierno* la similitud –y verosimilitud por ello– con otros relatos de viajes del siglo.

La originalidad de Swedenborg consiste en haber dado a un texto místico una forma literaria al gusto de la época. Y precisamente la mezcla curiosa que hay en ella entre un elemento exótico y otro místico es lo que la hacen peculiar (13).

(9) G. Atkinson: *Les relations de voyages du XVII siècle et l' évolution des idées. Contribution a l' étude de la formation de l' esprit du XVIII siècle*. París, Champion, 1920. P. I.

(10) Cf. *El cielo y sus maravillas y el infierno*, I. 2. 16. 35. 46. 52. 74. 75. 115. 118, 121, 143, 167, 236, 239, 255, 322, 323, etc.

(11) El trato que Swedenborg pretende tener con los ángeles y espíritus no tiene que ver con lo que habitualmente se entiende por espiritismo, sino que le permite hablar con ellos directamente y en persona, aunque sin perder la conciencia de lo que le rodea en este mundo.

(12) *De coelo...*, 2, 10, 16, 74, 77, 78, 86, 183, 222, 302, 311, 312, 313, 324, 456, etc.

(13) Es esa apariencia de relato de viaje lo que le da al texto de Swedenborg, en mi opinión, su moderación.

Pues mientras que de un lado se dice que todo lo existente en el cielo es inefable e imposible de describir, se relata a la vez con todo lujo de detalles cuestiones relacionadas con su geografía o el aspecto de sus habitantes.

Aunque el objeto de este artículo es la descripción mística que Swedenborg da de la otra vida, expongo a continuación algunos ejemplos del parentesco del relato con los de viajes de la época. Pues si bien estos aspectos de buscado realismo no son los que interesan desde la perspectiva de una consideración filosófica de la obra, sí lo son para hacerse una idea del estilo literario que se ha elegido como vehículo para hacer más accesibles las más que oscuras nociones místicas. Más aún: es ese punto de vista el que va a constituir lo característico de la obra de Swedenborg frente a otros textos místicos de objeto similar, como el de Böhme, y el que podría considerarse, en mi opinión, el peculiar sello del s. XVIII sobre una temática con hondas raíces en la tradición europea (14).

El ejemplo más interesante de todos lo constituye su teoría del ángel, que si bien es mística en algunos aspectos, en otros resulta ser una síntesis de elementos de las dos idealizaciones de los habitantes de otros lugares que aparece en la literatura de viajes del XVIII: el buen salvaje y el extranjero civilizado (el 'sage chinois', por ejemplo).

Antes que nada hay que decir que el ángel, para Swedenborg, es un hombre espiritual que ni es de éter ni vuela, sino que salvo la materialidad del cuerpo (posee no obstante un 'cuerpo' espiritual), es exactamente igual a lo que conocemos, con rostro propio, vestimentas, con vivienda propia, con sentidos, con sexo (espiritual, por supuesto) etc. (15). Si comparamos esta caracterización con la dada en *Aurora*, encontramos la misma intención de corregir la imagen dada del ángel por la Iglesia como un ser con alas, acercándolo al hombre y reinterpretando a ambos en términos místicos. Pero en *El cielo y sus maravillas y el infierno* Swedenborg acentúa todos los elementos realistas hasta hacer de él un habitante exótico que conjuga en su carácter tanto el rasgo sobresaliente del buen salvaje (la ingenuidad, la inocencia) como el del extranjero civilizado (la sabiduría y lo que podríamos llamar sin sonrojo 'calidad de vida') (16).

Por supuesto que al lado de estos elementos 'realistas' se hallan los místicos propiamente dichos: la intimidad de ángel o interior se halla ordenado en tres grados, último, mediano e íntimo, en función de su mayor o menor apertura a lo

(14) Que el texto de Swedenborg se enmarca en una tradición resulta evidente al constatar las numerosas coincidencias, a pesar de las diferencias, entre su texto y el del Böhme del XVII y el hecho de que los lectores las apreciaran. Clarke Garret recuerda en su artículo "Swedenborg and the mystical enlightenment in late eighteenth-century England" en *Journal of the History of Ideas*, Vol. XLV, nº 1, 1984, p. 69 cómo en Inglaterra los lectores de Swedenborg lo habían sido antes de Böhme, y Berdiaef, en su *Autobiografía espiritual*, cuenta cómo se leía a Böhme, junto con Swedenborg, en Rusia en el entorno del zar Alejandro I.

(15) *De coelo...*, 183 y ss.

(16) G. Atkinson: *Les relations de voyages...*, pp. 63 y ss, 82 y ss.

divino, al influjo divino, que es el bien del amor y lo verdadero de la fe, que afectan a cada uno según su recepción (17). Pero esa descripción se hace compatible con aquélla.

Esta teoría del ángel, comunicada directamente por los mismos a Swedenborg en sus 'conversaciones' con ellos (nada de revelaciones ni de sueños ni de visiones, sino trato directo) le sirve al autor para hacer la crítica tanto de la concepción que en este mundo se tiene de los habitantes del cielo como para reformular la que hasta ahora se tenía de los hombres. Procedimiento muy habitual en la literatura filosófica de la época, que usa del material que los relatos de viaje ofrecen acerca de los habitantes de otros países para reelaborar la concepción antropológica del hombre en general y hacer la crítica de la del europeo.

De este modo, a partir del conocimiento que ha tenido del ángel, Swedenborg va a decir que lo primario en el hombre es la voluntad, y lo secundario, el entendimiento, que es una consecuencia de la primera y no a la inversa, como habitualmente se cree. En contra de lo admitido hasta entonces, insiste en que no se quiere lo que se piensa, sino que se piensa lo que se quiere, y que es esto lo propio del hombre espiritual. Incluso la descripción que va a dar de las facultades del hombre, de las relaciones entre el cuerpo y el espíritu de éste, de la propia esencia de este espíritu, etc., son una consecuencia de todo lo aprendido en la exótica otra vida (18).

Hay muchos elementos neoplatónicos –muy habituales en la época, como ya he puesto de manifiesto en otro lugar (19)– en el cuadro que Swedenborg traza del mundo y sus habitantes. Pues no sólo el rey del mundo, el Señor –un Dios con figura humana–, influye en todo, manteniendo mediante su influjo el conjunto con vida, sino que todo habitante, al ser espíritu, tiene su propia esfera de influencia, que depende de su estado interno y que se extiende a gran distancia, afectando lo íntimo de la vida de los que entran en ella. Lo que lo hace asociarse con otros semejantes que se hallen en el mismo estado de perfección interior. En el cielo la asociación viene determinada por la afinidad (según el amor, la fe y el bien) (20).

De este modo, todos los espíritus, incluidos los humanos, se hallan formando parte de sociedades. En una misma sociedad, el centro es ocupado por los más perfectos según el bien y el amor y, por tanto, la sabiduría y la inteligencia. Los

(17) *De coelo...*, 33.

(18) *De coelo...*, 26, 26 n, 9, 30, 34 n, 4, 38, 38 n, 7, 39.

(19) Sobre los elementos neoplatónicos existentes en el s. XVIII en la química y en la mística, cf. C. Canterla, "Neoplatonismo, filosofía natural y misticismo: fuentes ocultas del romanticismo en el Kant precrítico" y "La filosofía de la materia de Kant y la química newtoniana" en *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo I*, 1991, pp. 163-173 y 199-204 respectivamente; y también "Mysticisme et antimécanisme dans le *Siris* de Berkeley et les *Rêves d'un visionnaire* de Kant", en *Transactions of the Eighth International Congress on the Enlightenment*. Oxford, Voltaire Foundation (1992, pp. 479 y ss.).

(20) *De coelo...*, 17 n 6, 36, 200 y ss.

menos perfectos están alrededor, a una distancia proporcionada a la disminución de la perfección, como la luz decrece desde el centro a la periferia (21). Pero hasta aquí el elemento místico, pues la distribución geográfica de éstas, su forma de gobierno, el aspecto de su miembros, sus alojamientos, etc., es completamente realista. Hay, así, viviendas peores y mejores, más elevadas o menos, mejor o peor situadas, vestidos más o menos lujosos o deslumbrantes, sociedades de gobierno más libre o menos, etc. (22).

En lo que al gobierno se refiere, hay sociedades espirituales que por ser muy perfectas son gobernadas directamente por Dios, sin intermediarios; en cambio otras lo son mediante administradores (23). El cielo parece ser una suerte de imperio inmenso cuyo exotismo no tiene nada que envidiar al de las descripciones del chino hechas por viajeros.

También en los cielos existe un lenguaje, que en nada se parece al humano, tanto oral como escrito. Y otras instituciones sociales como el matrimonio o la religión —con variedad de cultos (24). Pero todo ello es a la vez, de un lado, muy semejante a lo que conocemos, y, de otro, inefable.

Además de la teoría del ángel y su sociedad, otro ejemplo de elemento realista (utilizado para realizar la crítica de la sociedad conocida en unos términos similares a la de los relatos de viajes) lo constituye la descripción de la variedad de cultos religiosos en la otra vida y su insistencia en que según los ángeles ello no pone en cuestión la creencia en un Dios uno. Probablemente buscando justificar la creencia en una divinidad única en un momento histórico en el que van siendo conocidas costumbres religiosas muy diversas (25).

Algunos de esos pasajes recuerdan a los que los jesuitas escribieron de culturas exóticas como la china: las mismas conversaciones con los habitantes para entender bien sus costumbres religiosas y la misma interpretación 'interesada' de ellas. Una manipulación del material cultural descrito que aparece en general en los relatos de viajes verídicos la mayoría de las veces por un inintencionado etnocentrismo.

No obstante, no puede atribuirse el 'deísmo místico' que Swedenborg profesa exclusivamente a una reacción defensiva a la crítica religiosa de la época, pues un 'deísmo' similar se halla en *Aurora* de Böhme. Por lo que en todo caso habría que afirmar más bien que Swedenborg ve en la tradición mística una fuente en la que refundar una creencia religiosa universal más allá de la variedad de cultos superando así las dificultades que a la religión se le presentan en este siglo.

Pero abandonemos el elemento realista y centrémonos específicamente en

(21) *De coelo...*, 41 y ss.

(22) *De coelo...*, 177 y ss., 183 y ss., 213 y ss.

(23) *De coelo...*, 214, 215.

(24) *De coelo...*, 221 y ss., 234 y ss., 366 y ss.

(25) *De coelo...*, 221 y ss.

el místico, que es el que constituye la aportación original, desde el punto de vista filosófico, del relato. Como hemos dicho más arriba, lo que produce el singular efecto de extrañeza que la obra provoca es su insistencia en elementos que hacen al cielo semejante al mundo que conocemos y la afirmación junto a ellos del carácter absolutamente inefable e inenarrable de todo lo que allí se ve.

Así por ejemplo, en la otra vida el espacio y el tiempo tienen una cualificación completamente diferente a los terrestres: ambos cambian en función de los estados interiores de sus habitantes. Incluso las regiones o puntos cardinales no son invariablemente fijos, sino que varían (26).

El mismo cielo es distinto según se lo considere en lo general, lo específico o lo particular. En lo general, está dividido en dos reinos, el celeste y el espiritual, el primero de los cuales está formado por los ángeles que reciben lo divino más interiormente, en la parte voluntaria, siendo su amor el amor celeste o amor al Señor; mientras que los segundos lo reciben menos interiormente, en la parte intelectual, y cuyo amor es el espiritual o caridad hacia el prójimo. En lo específico se distinguen tres cielos: íntimo (que se corresponde con el celeste), mediano (que se corresponde con el espiritual) y último, que es el natural, con la advertencia de que lo natural de este cielo no es como lo natural del mundo. En lo particular el cielo se halla dividido en sociedades inenarrables (27).

El cielo es el reino de lo divino, que procedente del Señor (un Dios único bajo apariencia humana que es a la vez Padre, Hijo y Espíritu Santo), influye en los ángeles y es recibido por ellos, siendo lo divino el bien del amor y lo verdadero de la fe. Este cielo, según Swedenborg, es una unidad compuesta de cosas variadas, puestas en orden en la forma más perfecta. El orden divino es un orden descendente de perfección, y el interior del hombre, como el del ángel y el de cada espíritu, reproduce esta gradación y este orden (28).

En los ángeles hay tres grados de interiores. Aquellos en los que el tercer grado ha sido abierto (aquellos que son afectados por lo divino y lo admiten en su vida) están en el cielo íntimo; aquellos en los que ha sido abierto el segundo (los que no lo admiten inmediatamente en la voluntad, sino primeramente en la memoria y a continuación en el entendimiento) están en el cielo mediano; los que tienen abierto el primero (los que viven una vida moral y creen en lo divino, pero no se preocupan de instruirse) están en el último cielo (29). El grado íntimo del interior del ángel y el hombre, en el que Dios influye primero, de más cerca y según el cual dispone los otros interiores, es el que distingue a este último de los animales (30).

(26) *De coelo...*, 162 y ss., 191 y ss., 141 y ss.

(27) *De coelo...*, 20 y ss., 29 y ss., 41 y ss.

(28) *De coelo...*, 2 y ss., 7 y ss., 56, 30.

(29) *De coelo...*, 31 y ss.

(30) *De coelo...*, 39.

El cielo es, según Swedenborg, una unidad compuesta de las cosas más variadas, puestas en orden en la forma más perfecta. Aunque los ángeles de un cielo no se pueden asociar con los ángeles de otro, los cielos constituyen un todo, pues el Señor reúne los cielos por influjo inmediato y mediato, el primero de los cuales es el que emana de él sobre todos los cielos; el segundo, el de un cielo sobre otro. Pero no es un todo continuo, sino discontinuo, con órdenes separados que se relacionan entre sí como lo que produce y es producido, la causa y el efecto, etc. Lo que demuestra, según el autor, que lo espiritual no es lo natural purificado, como creen los hombres de ciencia, que piensan que el orden ha de ser siempre continuo (31).

En este mundo de espíritus, el macrocosmo reproduce el microcosmo y a la inversa, como ocurría también en *Aurora* y ocurre en general en las cosmovisiones, místicas o naturalistas, de influencia neoplatónica (32). Hay correspondencia del todo en la parte, y a la inversa. Así, cada sociedad es el cielo en su forma más pequeña, y cada ángel y cada hombre lo reproducen a su vez en su interior; por contra, toda sociedad tiene forma de hombre, y todo el cielo en su conjunto representa un solo hombre, esto es, tiene forma humana (33).

Tanto los ángeles como los hombres tienen sus interiores formados a imagen del cielo, y dispuestos para la recepción de todas las cosas del cielo. El hombre que acepta el influjo divino, esto es, el bien y el amor de la fe, es iglesia, y es un cielo en la forma más pequeña. Pero este hombre, como todos, tiene también sus exteriores, que están formados a imagen del mundo, y en tanto que está en el bien, el mundo en él está subordinado al cielo y al servicio del cielo (34).

En todo hombre hay que distinguir el hombre espiritual o interno y el natural o externo. Ambos son correspondientes: hay correspondencia entre su mental, el entendimiento, y la voluntad de este mental, por un lado, y su cuerpo, sus sentidos y las acciones de su cuerpo. Pero también hay correspondencia entre el cielo y las partes del hombre. En general, todo lo que existe en el mundo natural, subsiste según el mundo espiritual como el efecto según su causa eficiente. Todo lo que existe en el mundo natural según una cosa espiritual se dice correspondiente. Toda la naturaleza, dice Swedenborg, es un teatro representativo del señor (35).

La perfección espiritual adopta en el cielo la forma de la belleza. Y puesto que en el cielo tanto los ángeles como las sociedades de éstos y el cielo en su con-

(31) *De coelo...*, 36 y 36 n. 7.

(32) Cf. C. Canterla: "Mysticisme et antimécanisme dans le *Siris* de Berkeley et les *Rêves d'un visionnaire* de Kant", en *Transactions of the Eight International Congress on the Enlightenment*. Oxford, Voltaire Foundation, 1992, pp. 479 y ss.

(33) *De coelo...*, 59 y ss.

(34) *De coelo...*, 47, 47 n y n. 8.

(35) *De coelo...*, 87 y ss., 103 y ss. y 106 n. 1.

junto tienen forma humana, la perfección se traduce en la belleza de esta forma. Los ángeles perciben lo divino visible en forma humana, de una gran belleza, por tanto (36). De todos ellos, los más perfectos espiritualmente van desnudos.

Entre los distintos cielos hay comunicación, que es lo que se conoce por influjo, pero sólo de los superiores a los inferiores. Y también la hay entre todos los espíritus; no sólo los angélicos, sino también entre éstos y los humanos, siempre entre aquellos que gocen del mismo grado de perfección espiritual (37). Esta inmensa comunidad moral es la que sugirió a Kant su idea de una república moral en los *Sueños de un visionario* (38).

En los cielos, el señor es el Sol (no el sol natural, sino espiritual); pero en muchas ocasiones, aparece con la forma de sol y luna. Lo divino verdadero, la luz, una luz verdadera que aclara lo mental, completamente distinta de la natural, que es la que aclara el entendimiento del hombre y gracias a la cual es racional. Por último, el divino bien es el calor. De este origen provienen todas las cosas que existen y aparecen en los cielos (39).

En este cielo no existe el tiempo, sino sólo los cambios de estado. Los ángeles no tienen absolutamente ninguna noción del tiempo, como tampoco del espacio. Su 'geografía' por su parte es constantemente cambiante porque, aunque los ángeles y sus sociedades se orienten y distribuyan en regiones, esta distribución depende de sus estados interiores. Con los cambios de estado de los interiores de los ángeles cambian así todas las cosas que están fuera de ellos. Lo que trae como consecuencia que en el cielo las dimensiones signifiquen (40).

Al igual que en *Aurora*, los ángeles son todos hombres (hombres espirituales) y tienen todos los sentidos que tiene el hombre, incluso mucho más desarrollados. Pero estos de Swedenborg tienen sexo (los hay masculinos y femeninos) y también vida conyugal. Entre ellos viven como los hombres de la tierra, poseyendo vestidos, domicilios y otras cosas semejantes. Ahora bien, su sabiduría es inefable, y pueden comunicarse entre ellos sin palabras, con un lenguaje de ideas, aunque también lo hacen con un lenguaje cuya peculiaridad es que su forma fonética se corresponde perfectamente con el contenido (41).

Toda la apariencia externa del ángel cambia en función de sus estados interiores: así, por ejemplo, sus vestimentas se corresponden con su inteligencia, y cambian subjetivamente, aunque pueden no sólo verse, sino sentirse y tocarse. En los infiernos, en cambio, cada uno va vestido según su locura (42).

(36) *De coelo...*, 80.

(37) *De coelo...*, 205 y ss.

(38) Cf. C. Canterla: "El concepto de república moral en los *Sueños de un visionario* de Kant", en *De la Ilustración al Romanticismo. Actas de los V Encuentros*. Cádiz, Universidad (en prensa).

(39) *De coelo...*, 126 y ss.

(40) *De coelo...*, 197.

(41) *De coelo...*, 236.

(42) *De coelo...*, 177 y ss.

Poseen los ángeles, como ya dijimos, jardines, campos, casas, palacios y ciudades, y también gobernantes, y religiones, con sus doctrinas, predicaciones y templos; también poseen textos escritos y como ya dijimos un lenguaje propio; existen matrimonios, familias y niños. Y todo ello queda descrito por una persona que ha convivido con ellos largo tiempo y que ha podido conversar y cambiar impresiones del mismo modo que lo hicieron otros viajeros que visitaron otras culturas en este mismo siglo. En *El cielo y sus maravillas* y *el infierno* lo exótico y lo místico alcanzan una extraña simbiosis.